

PERSEGUIDOS Y PERSEGUIDORES. DISCURSO PRONUNCIADO
EN LA SESIÓN INAUGURAL DEL PRESENTE CURSO CELEBRADA
EN EL «ATENEO GRACIENSE», EL DÍA 17 DE OCTUBRE DE 1896.

I

Señores: Permitidme empezar con la evocación de un bellissimo rasgo biográfico, perteneciente al último tercio de la historia del siglo XVI.

Cuando el buen maestro de la Universidad de Salamanca, después de cinco años de estrecha prisión para expiar el *gran delito* de haber traducido al castellano *El Cantar de los Cantares*, volvió, para continuar sus elocuentes lecciones, á la Cátedra de que había sido tan injustamente separado por el Tribunal de la Inquisición, motejándole de judaizante y aficionado al luteranismo; el día en que la palabra de Fray Luis de León era esperada con verdadera ansiedad por un público numerosísimo y ávido de oír de aquellos labios la vindicación de la grande iniquidad de que el sabio sacerdote había sido víctima, causaron indescriptible asombro estas sencillísimas palabras: *Diximus heri*.

Dijimos ayer, repito yo, colocado en condiciones bien distintas de las en que se hallaba el ilustre poeta, porque de una tal manera, refiriéndome al discurso presidencial del curso próximo pasado, os ahorro las molestias de un exordio en demanda de benevolencias y atenciones, que de sobra me tenéis acordadas, en muestra de lo cual, ahora mismo las disfruto.

Dijimos ayer, exclamo nuevamente, porque si al terminar mi oración inaugural, exhortaba á trabajar, echando ahora la mirada por el primer período académico de nuestra amada institución (el cual período hoy acaba), no encuentro palabras para ponderar lo mucho y bueno que aquí, con vuestro concurso, se ha hecho; tan abundosa y variada ha sido la labor del Ateneo.

Dijimos ayer (y de aquí á cien años podríamos repetirlo) que « los frutos » del saber y de la experiencia, así como las semillas que el labrador es- » parece en el barbecho, es preciso que reiteradamente sean extraídos de los » trojes académicos y bibliográficos, para diseminarlos, previa preparación del

» terreno por la cultura enciclopédica que distingue á nuestra civilización,
» sobre las colectividades que, como la que aquí constituimos, tienen por
» principales objeto y fin acrecentar, por obra de un recíproco comercio de
» ideas y sentimientos, el tesoro de los conocimientos útiles que á cada indi-
» viduo le compete y tiene el deber de aportar al acervo común. La ciencia,
» archivada, es mera virtualidad prolífica y productora: los beneficios que
» ella puede proporcionar no se realizan sino en cuanto, al descentralizarse
» sus preciados tesoros, se llega á su aplicación empírica á los problemas de
» la vida individual y social».

« Males (*decíamos ayer*) frecuentemente irremediables, los más grandes
» infortunios que á cada momento lloran la sociedad y la familia, se originan
» del general desconocimiento en que se vive acerca de las anomalías y mor-
» bosidades de que es susceptible la mente humana. Las locuras tumultuo-
» sas, las agitadas y aquellas en que el furor domina; aquellas en que el en-
» fermo grita, desgarrá, rompe, amenaza, contunde ó hiere, no son las que
» más grandes destrozos causan en el medio social en que se desenvuelven.
» Del río que, por copiosas avenidas, suele desbordarse en impetuosas co-
» rrientes que arrastran tierras, árboles, puentes y hasta las viviendas, nos
» alejamos tanto cuanto podemos, desde el punto en que nos apercebimos de
» la crecida y furia de sus aguas, ó bien nos apresuramos á oponer diques
» que vengan á reforzar el amenazado alvéolo... En cambio, no existe avi-
» sado que no sepa que *no hay que fiar de las aguas mansas*.

» Existen locuras *mansas* que, como las aguas, mantienen en inminencia
» próxima de señalados perjuicios á cuantos no recelan de una tal *manse-*
» *dumbre*. Esas vesanias silenciosas, sin estrépito que las denuncie, ni esta-
» llidos ruidosos que las hagan temibles, son extraordinariamente comunes
» entre las masas sociales. Hacen vida *esporádica* en el seno de la familia, en
» las regiones altas, medianas y humildes de la población; en todas las
» agrupaciones civiles, militares, religiosas y científicas; en los pueblos ru-
» rales; en las fábricas y talleres; en los centros administrativos y artísti-
» cos; en las escuelas y colegios; en los seminarios; en los cuarteles y en
» las cárceles... sobre todo en las cárceles. En los manicomios es donde se
» ven menos locuras de índole reposada y mansa... mayormente si *aun no se*
» *han salido de madre*».

Hasta aquí lo que *dijimos ayer*, motivando, en una solemnidad idéntica á la presente, la sollicitación de los honores de vuestra benevolencia, y la venia para tratar aquí de una de las perturbaciones mentales que reinan *esporádica y mansamente* en la población: el *idiotismo ó imbecilidad moral*. Ahora, insiguiendo el programa formulado en el discurso antecedente, me ocuparé de otros seres humanos mentalmente enfermos, que de ordinario conviven con nosotros durante muchos años, siendo por su *insania*, generalmente desconocida, causa de muchísimos sinsabores, desdichas domésticas y aun de acciones criminales: son los *perseguidos y perseguidores*.

II

Estados hay del ánimo que expresan salud é integridad del cerebro, así como abundante y expedito riego de sangre buena en todo el organismo; son: el valor, la generosidad, la confianza, y aun de ordinario, la ingenuidad.

El *valor* consiste en la tensión consciente de la fuerza cerebral de que uno necesita y atesora para avasallar los obstáculos que se presentan y pueden presentarse en la realización de las determinaciones voluntarias. La deficiencia de esta fuerza, con la propia noción de esta deficiencia, constituye el *miedo*.

La positiva existencia de la mentada energía cerebral engendra el íntimo conocimiento de su presencia, así como el de su cantidad y calidad. En tal caso hay valor hígido ó normal, y decimos: «Tengo valor para tal cosa», que es lo mismo que si dijéramos: «Me siento con fuerza para hacer esto ó lo otro».

En determinados casos (v. gr., al principio de la parálisis general de los alienados, en su forma expansiva) las fuerzas cerebrales son deficientes, porque las células encefálicas comienzan á hacerse asiento de un proceso destructor, que acabará por anonadarlas; pero el individuo tiene una noción tan equivocada (morbosa) de las mismas, que hasta las palabras de que se sirve para ponderar su vigor y grandezas, salen tan mal trabadas y tan imperfectamente articuladas, que delatan á las claras el decaimiento mental y cuanto es inane el órgano que las engendra. Si el valor equivale á foco de calórico y luz en el entendimiento sano, las baladronadas del borracho y los fantásticos y súbitos encumbramientos del paralítico, son fosforescencias ó fuegos fatuos de unas células cerebrales que, cual briznas de tizón casi extinto, chisporrotean al morir; son granitos de sal cristalizada, que decrepitan al calor de un proceso flogístico que amenaza consumir al centro de la innervación.

Llamamos *generoso* á aquel que obra con magnanimidad y nobleza, y también al que es liberal, dadivoso y franco. La generosidad es, pues, la propensión del ánimo á anteponer á la utilidad é interés propio el valor y el esfuerzo en las empresas arduas. Por esto donde existe valor, nunca falta generosidad. El miedoso, el débil y el apocado no podrían ser generosos, porque carecen de valor. El que es valiente y generoso, por aquella natural tendencia á juzgar de los otros por nuestra manera de sentir, tiene confianza en todos; espera firmemente en la nobleza de los sentimientos de los demás.

Por el contrario, de débiles y cobardes es la *suspiciacia*, inclinación instintiva á pensar mal y á atribuir intento avieso en los designios de los otros. Al candor y buena fe en lo que se hace y dice, llamamos *ingenuidad*. El que es valeroso, y por ende generoso y confiado, es de ordinario ingenuo. No hay doblez en sus actos ni en sus palabras; carece de intención dañina; dice lo que piensa y obra como dice. Es la ingenuidad cualidad personal de inapreciable estima, porque expresa la verdad. Los medrosos y cobardes, raras veces dicen la verdad, como no sea avasallados y compelidos por el miedo.

No hay estado patológico por el que se mejore el ejercicio de alguna función. Por obra de un trastorno orgánico, vascular ó nervioso, podrá ocurrir aumento ó disminución en algún movimiento funcional; pero esto no da por resultado ningún perfeccionamiento, sino un desmérito en las armonías del organismo que constituyen la salud... ¿Cabría concebir un estado morboso de la mente que perfeccionase á la persona, aumentando sus quilates como elemento social?

Mírese por el lado que se quiera, la locura redundará siempre en daño de las cualidades morales del individuo. Afectivamente considerado, el loco es siempre una persona averiada. Amámosle y le auxiliamos y protegemos, porque nos compadecemos de su infortunio. Sabemos que es víctima de una enfermedad, de la cual no es culpable, y que, por virtud de ella, carece de responsabilidad de los actos que ejecuta y aun de los sentimientos perversos que en su ánimo germinan. El loco ha perdido su personalidad ó se halla encaminado á perderla. Él mismo no se pertenece; no tiene el dominio racional de sí propio: *está enagenado*.

Vano sería, pues, imaginar que el valor, la hidalguía, la generosidad, la confianza y la ingenuidad que, según acabamos de ver, son cualidades características de cerebros sanos y fertilizados por buena y copiosa sangre, hubiesen de florecer en la mente de un loco. Las enfermedades corporales afean el semblante; las mentales, á más de afean el rostro, afean el espíritu.

Amén de que los candidatos á la enagenación mental son las personas menos predisuestas á las virtudes sociales, es de observación constante que, al perturbarse la razón, despuntan los gérmenes de todos los malos sentimientos. El prudente se vuelve manirroto y despilfarra su peculio en lo inútil; el afable se torna taciturno y reservado; se irrita y enfurece el de carácter apacible y jovial; el modesto se envanece y hace gala de las cosas más fútiles que se refieren á su personalidad; el expansivo y decididor se concentra y esconde, huyendo de la gente; hasta la mujer, en el mayor número de casos, rompe los frenos del pudor, y de palabra y aun de obra, se la ve entregarse á las más repugnantes obscenidades.

¡Qué mucho que en la locura el valor se pierda y venga el temor á reemplazarle! ¡Qué mucho que, tocado de miedo el ánimo, el sujeto se vuelva receloso y desconfiado, sintiéndose incesantemente amenazado de toda suerte de enemigos, asechanzas y persecuciones!

Ya lo hemos indicado: en el mayor número de vesanias reina en el cerebro una gran decadencia; la íntima noción de este decaimiento engendra el temor, ó por mejor decir, el miedo. Este miedo, elaborado en las esferas intelectivas, origina las ideas de persecución, ideas de persecución que en un principio son muy vagas en cuanto al agente perseguidor. Cuando la labor de la inteligencia (labor que no tiene tregua de día ni de noche) llega al término de la designación causal, quedan señaladas la colectividad ó colectividades, ó bien la individualidad ó las individualidades perseguidoras. Estos son los enemigos engendrados en la mente del orate.

Pero no podemos proseguir, porque con un paso más, entraríamos de lleno en la descripción del delirio de persecuciones, como entidad morbosa propiamente dicha, siendo así que, en mi propósito de tratar esta materia en la medida que lo consiente el auditorio que me hace la honra de su atención, debo antes ocuparme de las ideas de persecución, como uno de los síntomas que con frecuencia extraordinaria figuran en el cortejo fenomenal de casi todas las vesanias.

III

Hoy día se estila hablar de delirios de persecución. Hasta en el lenguaje familiar ha penetrado esta voz. Tanto abunda este hecho patológico en el mundo de la sinrazón que, sin temor de pecar por alto, se puede asegurar

que en las tres cuartas partes del número de las locuras se echa de ver esta extraña anomalía.

Importa, empero, no confundir el síntoma con la enfermedad. En la mayoría de los casos, las ideas de persecución no son las predominantes, ni por consiguiente, las únicas, sino que se presentan mezcladas con otras, también morbosas, cuyo conjunto constituye el delirio. Son aquellas ideas vagas y difusas, y tienen una existencia tan efímera, que al poco tiempo son reemplazadas por otras de aspecto y tendencias muy distintas. Disípanse, van, vuelven y crecen y decrecen nuevamente, para hacer comercio desconcertado con otros mil dislates y sin influir por manera fija y definida en la marcha de la enfermedad mental. Como se ve, en estos casos, el *delirio de persecuciones* es un nuevo síntoma, sin marcha ni evolución que le sean propias.

En otras ocasiones, las ideas de persecución son, no sólo dominantes, sino las únicas. Sirven de eje á todo el delirio y forman por sí solas un conjunto morbooso de curso definido y tan preciso, que por un tal motivo, el delirio que alrededor de ellas nace y se desenvuelve, recibe el adecuado calificativo de *sistematizado*.

Vense melancólicos llenos de agitación y ansiedad, que al paso que se culpan á sí mismos de los males y desgracias que les agobian, quéjense, á veces, de que hay quien les persigue; de que les miran de cierta manera, y de que les insultan llamándoles, deshonorado, pillo y ladrón. Es una especie de eco exterior, alucinatorio, de sus propios pensamientos. Uno de esos melancólicos, sumido en un estupor tan profundo que transcurrieron dos meses sin poderle arrancar una palabra, una vez restablecido de su enfermedad, refería que á menudo asaltábale el pensamiento de que el camarero quería envenenarle con la comida, por lo cual rehusó durante muchos días el alimento, y hasta hubo precisión de apelar á la ingestión forzosa por medio de la sonda.

Lo propio les pasa á muchos hipocondriacos, que cobran aversión á su médico, porque piensan que les da fármacos que les intoxican y les corroen las entrañas.

En el movable carácter de los locos epilépticos son comunes las alucinaciones terroríficas, que engendran delirio de persecución, muchas veces seguido de reacciones agresivas que, en más de un caso, han llegado al homicidio.

Muchas histéricas son, no solamente *perseguidas*, sí que también *perseguidoras*. La *celotipia* es en ellas el sentimiento más frecuentemente generador de un tal delirio, el cual á veces es conducido á los grados más extremos. En su concepto, el marido hace migas con las criadas ó la cocinera. Cualquier signo, una mirada, la más sencilla palabra, basta para levantar tempestades de rayos y tronadas. Al esposo, que al fin es la víctima propiciatoria ó expiatoria, le vigilan mientras está en el despacho ó en el taller; registranle los bolsillos; le leen las cartas que envía al correo y las que recibe; sigúenle en la calle y espíenle en el paseo y en el teatro. Por una ú otra de estas vías, ármanse á diario en la casa y aun á veces en la vía pública las escenas más ridículas, las cuales en no pocos casos, acaban siendo serias y hasta luctuosas. Raro es en las histéricas que el delirio de persecuciones se origine de alucinaciones del oído. Quéjense de que les dan la ropa sucia; de que no están limpios el vaso ó el plato en que las sirven la comida; de que las pri-

van de lo más necesario en el vestir y el tocador; de que las hacen vivir en la miseria, privándolas del dinero que toda mujer necesita para sus más imprescindibles gastos. Cuando hay celos, la *presunta* reo de usurpación del cariño conyugal es, en toda ocasión, denostada, maldecida, y en ciertas esferas sociales, frecuentemente contundida y arañada y aun á veces mortalmente herida por la loca *perseguida y perseguidora*.

Hasta en el curso del proceso destructor de la *parálisis general de los alienados*, especialmente cuando ésta reviste forma melancólica, vense á menudo ráfagas del *delirio de persecuciones*. En la tristeza vaga que le subyuga, imagina el paralítico progresivo, que es blanco de hostilidades. Cree que le acusan, que le quieren perder ó que le insultan é infaman. Un enfermo oye voces amenazadoras á través de las paredes y cree que le envenenan bebidas y manjares. Aquí, como en los casos que anteceden, las ideas de persecución cambian sin cesar de sujeto y de objeto, son movibles y además notablemente transitorias. Este *delirio de persecuciones* no propende, pues, á *sistematizarse*, ni mucho menos á *estereotiparse*; es, por consiguiente, un mero episodio en el curso de estas locuras.

IV

Salvo su mayor complejidad, que arguye mayores dificultades de su estudio, son tan exactas y precisas las relaciones de causas y efectos entre las lesiones y los síntomas en las enfermedades mentales como en las dolencias comunes ó somáticas. No es, pues, de admirar que al alienista, que pasa la existencia escudriñando la evolución de los procesos mentales, le sea dado, en la mayoría de los casos, predecir, desde los primeros tiempos de una locura, cual será su curso, los períodos que recorrerá, las mutaciones que presentarán los síntomas y hasta el fin ó terminaciones de la enfermedad.

Las locuras constituyen, pues, verdaderas entidades morbosas, muy estudiadas, pero siempre en estudio y distintas unas de otras, que, al desenvolverse perturbando la mente humana, presenta cada una caracteres genéricos y rasgos propios, que permiten clasificarlas del mismo modo que naturalistas y físicos clasifican los seres y los hechos del mundo cósmico sometidos á la observación y al contraste experimental.

Este estudio es por demás prolijo y laborioso, mayormente tratándose de enfermedades de evolución tan lenta, que á veces se acaba la vida de un observador, sin que la locura haya terminado su curso. Los delirios de persecuciones son precisamente los que más duran: veinte, treinta y aun más años puede vivir un enfermo apesadumbrado por las ideas de persecución, por más que éstas varíen de aspecto, de objeto y de sujeto y venga á transformarse la personalidad del paciente, saliendo del molde primitivo, en que era una víctima más ó menos resignada, y viniendo á parar en una locura de poder y grandezas, que en muchos casos se consumen en la demencia más rebajada.

En todo tiempo ha habido locos perseguidos; pero la descripción del *delirio de persecuciones* como un tipo morbozo definido y distinto de las otras locuras, data de mediados del presente siglo (1852) en que Lasègue, en una Monografía *ad hoc*, trazó el cuadro completo de este proceso frenopático.

Digamos, empero, rindiendo homenaje á la verdad, que si bien la denominación de *delirio de persecuciones* no había sido nunca empleada, mucho antes que ningún alienista, un eminente filósofo, Kant, en su *Ensayo sobre las enfermedades del espíritu* (1764) había hecho un perfecto esbozo de tan extraña anomalía de la mente. Nada falta en el esquema de Kant; ideas de persecución, alucinaciones místicas, interpretaciones delirantes y hasta el vocabulario especial de esta suerte de alienados, todo se halla en él. Equivocóse, empero, el gran filósofo de Königsberg al decir que estos locos eran inofensivos, siendo así que precisamente son de los que hay más que temer, puesto que *todo perseguido anda camino de volverse perseguidor*.

Pero, como decía hace un instante, la *locura de persecuciones* ha existido en todos tiempos, y por lo mismo, debía haber sido observada y descrita. ¿Qué eran sino *locos perseguidos* muchos de los melancólicos de Pinel? ¿qué los *alucinados é ilusionados*, de Esquirol, los afectos de *delirios acusadores*, de Guislain, y gran número de los *monomaniacos intelectuales*, de Morel?

Es, por consiguiente, indudable que los *delirios de persecuciones* no pasaron desapercibidos por los alienistas de la primera mitad de nuestro siglo. A Lasègue le corresponde el mérito de haberlos enseñado y descrito como una entidad clínica perfectamente definida. Dentro, ó por mejor decir, en torno de la creación de Lasègue, universalmente admitida en la nosología actual, tenemos otra creación frenopática, más reciente, debida á los doctores Magnan y Serieux, á la que han dado el nombre de *delirio crónico de evolución sistematizada* y que difiere esencialmente y por diferentes puntos de vista del *delirio de persecuciones* propiamente dicho. Así como éste recae siempre en sujetos naturalmente predispuestos á enloquecer (*degenerados*), aquél sólo se presenta en cerebros perfectamente sanos, bien equilibrados y exentos de taras de herencia frenopática; así como el *delirio de persecuciones*, de Lasègue, se anuncia en edad temprana, á veces desde la infancia, el *delirio crónico*, de Magnan, no aparece sino en la virilidad ó en la edad de consistencia; al paso que el *delirio de persecuciones de los degenerados* termina muchas veces por la curación, el *delirio crónico de evolución sistematizada* no se cura jamás, y por último, así como la demencia puede ó no ser el término de aquél, ésta, al decir de Magnan y Serieux, no falta nunca si el enfermo no sucumbe á otra dolencia antes de que la enfermedad mental haya acabado su evolución en completo ajuste con los cuatro períodos ó aspectos que la distinguen en su crónico desarrollo.

V

Si este insignificante trabajo hubiese de ser un ensayo didáctico destinado á una colectividad médica, me cuidaría de adoptar á los preceptos de la nosografía la descripción del *delirio de persecuciones*. En su consecuencia, y á tenor de lo que acabo de exponer, dividiría mi tarea en dos partes, ocupándome en la primera del *delirio de persecuciones propio de los degenerados*, y tratando en la segunda del *delirio crónico de evolución sistematizada*.

Mas mis propósitos, en este momento, distan mucho de ser didácticos, aun cuando por mi profesión y hábitos, me haya de costar trabajo el desprenderme de los procedimientos que se emplean en la cátedra y en los libros de texto. Cada cosa se hace á su objeto y á su fin: un fabricante de herra-

mientas de carpintería construye sierras, éscoplos, gubias, rabotes, repasaderas y martillos para uso de los buenos oficiales; pero fabrica también rabotes, sierras y escoplos de confección menos primorosa, ó como se suele decir, de *pacotilla*, para niños y aun para aficionados mayores de edad, á quienes les place entretenerse en el bonito arte de San José. Asimismo es cosa corriente y muy plausible tener en casa un botiquín, provisto de los medicamentos precisos para subvenir á una indisposición fortuita; si el mal dura ó se agrava, se acude al médico y á la botica. Interesa para los usos domésticos, poseer algunas nociones de Medicina mental y más especialmente las que se refieren á las locuras que, por su cariz reposado y manso, viven durante muchos años en el trato social, por más que un tal hecho constituya un peligro constante para los intereses morales y materiales de las personas cuerdas.

Se me impone, pues, una labor de circunstancias y el trabajo ha de serme difícil, por lo que *debo hacerle fácil*, y como he de hacer del *delirio de persecuciones* una descripción de alcances populares, he de empezar desentendiéndome de pormenores que en cualquier otro caso no podrían ser omitidos. De ahí que para allanar la tarea y reducir las proporciones de este escrito, englobe, cual si fuesen una misma enfermedad, el *delirio de persecuciones*, que describió Lasègue, y el *delirio crónico de evolución sistematizada*, que más recientemente han descrito Magnan y Serieux.

El *perseguido* (y lo mismo se ha dicho del poeta y del artista) *nace: no se hace*. En la infancia, ya desde que asoman los primeros esbozos del carácter, es un sujeto tímido, pusilánime y suspicaz. Cualquiera que sea la esfera social en que crece, se echa de ver que, por lo común, su inteligencia no pasa del límite asignado á las medianías; quizás por la noción íntima de su escaso valer, desconfía de sí mismo y recela de todos; es celoso y envidioso. Propende á la tristeza; es taciturno y reservado; huye de sus compañeros de escuela y no toma parte en los juegos infantiles. Estos rasgos se acentúan por modo extraordinario al llegar la pubertad. «Este carácter triste, desconfiado y suspicaz (dice el Dr. Falret) le hace cobrar ojeriza respecto de sus parientes y amigos y de cuantas personas con él conviven».

Por lo mismo que es innata en el carácter la endeblez del ánimo, que origina temor, desconfianza y retraimiento, notas dominantes en el *delirio de persecuciones*, no ha de ser cosa fácil señalar el día en que esta anomalía mental toma carta de naturaleza en el espíritu.

Cuanto acabo de exponer es exacto en lo que se refiere á las condiciones del carácter de los *perseguidos*; pero se ven frecuentes excepciones en cuanto atañe al vuelo de la inteligencia. «Gran número de perseguidos (dice el Dr. Ball) son hombres de entendimiento lúcido y de educación distinguida, que por múltiples conceptos han conservado, durante mucho tiempo, libre el ejercicio de sus facultades». No es, pues, de admirar que más adelante, al desplegarse la enfermedad, dominados por una actividad asombrosa, esta clase de *perseguidos* hayan hecho resonar sus conceptos por modo tan vivo, que muchos de ellos han dejado honda huella en la Historia de la Humanidad.

Juan Jacobo Rousseau, que fué un *ilustre perseguido*, ha descrito, en sus *Confesiones* su autobiografía. «En este libro (como dice el Dr. Ball) se encuentra ya desde el principio la incurable tendencia que tienen los *persegui-*

dos á hacerlo gravitar todo en torno de sí mismos; hállase ese carácter sombrío, asustadizo y difícil, que, no obstante, permite afecciones tanto más tiernas, cuanto son poco numerosas. Más tarde los progresos del mal van borrando cuanto puede quedar de amable en un tal carácter y conducen á una misantropía que lleva al desespero.

» Nótase, al fin, el predominio del orgullo, uno de los rasgos más característicos de casi todos los *perseguidos*. Rousseau creíase, con razón, uno de los genios más distinguidos de su siglo; pero se atribuía, además, una superioridad moral, contra la que protestaban los actos de su vida, que trazó con todos los pormenores en el referido libro ».

Todos los alienistas, á imitación de Falret, á quien se debe una descripción verdaderamente magistral del *delirio de persecuciones*, señalan en la evolución de éste cuatro períodos, que recorre con extraordinaria lentitud.

Del primer período, llamado de *interpretaciones delirantes*, no es fácil, según queda apuntado, señalar el comienzo, á causa de que la suspicacia y la desconfianza que le caracterizan son, por lo común, consideradas por las personas que rodean al enfermo como meras exageraciones ó extravagancias de su propio carácter, y además porque el sujeto, que se avergüenza de su estado, disimula con mucho esmero lo que siente y oculta con gran cuidado la explicación que él mismo se da de las penas que le afligen.

Como desconfían de todos, los *perseguidos* á nadie revelan sus impresiones; hay en su conciencia un gran combate, que á veces tarda mucho en exteriorizarse. Se les ve tristes, retraídos y menos comunicativos. Siempre insomnes y en constante acecho.

Día llega en que el enfermo no puede contenerse más y dice que todos le quieren mal, que le acusan y tratan de perjudicarle. En los hechos más fútiles halla pruebas que confirman sus sospechas. Primero manifiesta las pruebas (que sólo para él son sólidas) y luego expone la querrela.

Todo cuanto se dice y hace en torno del enfermo, es *por* y *contra* él. Si sale á la calle, le ponen en ridículo; cuantas palabras oye son contra él, así salga la voz de una ventana ó de una tienda ó sean pronunciadas en el arroyo. Si abren una puerta ó un balcón, es para espiarle ó bien para hacerle una mueca ridícula. Los gestos de los transeuntes son mofas de su persona; los cuchicheos son murmuraciones ú ofensas á su decoro.

Un amigo mío, químico distinguido, que había hecho con raro acierto el análisis de unas aguas minerales y había remitido su trabajo á una Corporación científica muy conocida, recibió de ésta un oficio altamente laudatorio, que acompañaba al diploma de socio corresponsal. La fecha del oficio decía: «Barcelona 25 de Marzo de 18...»; mas como la *r* y la *z* de esta última palabra estuviesen de tal modo trazadas, que remotamente podían semejar una *n*, el interesado (tres meses después de recibido el oficio) vino á verme, lleno de despecho, diciéndome: «Claro está, ya no me lo ocultan, *quieren pegarme con 25 manos*». El propietario de las aguas analizadas hizo poner una verja de hierro delante del manantial: «He aquí la burla (me decía el muy desdichado), este es el símbolo de lo que van á hacer conmigo: encerrarme en una jaula de manicomio».

En el transcurso de este período de *interpretaciones delirantes*, algunos *perseguidos* vuélvense agresivos, *perseguidores*. Creen que les insultan públicamente; tal piensa que determinadas personas le hacen muecas; otro ve un

sujeto que le fisgonea y hace befa de su talante. A tales estímulos, puramente *ilusorios*, hijos de la interpretación torcida de ciertas sensaciones, el perseguido reacciona por modo brutal y violento, y al que cree autor de un tal desaguisado, le descarga un bofetón ó un varapalo.

La agresión con daño ó lesión personal dista mucho de ser norma en el proceder de los perseguidos que atraviesan este período: el mayor número de ellos cifra su empeño en llamar la atención de las autoridades para acogerse al amparo de las leyes. Escriben cartas á jueces y magistrados, al Gobernador civil, á los Ministros y aun al Jefe del Estado. Muchos, en vista de que no se les hace caso, cometen algún desacato en lugar público, con el deliberado intento de hacerse prender y aprovechar la ocasión de un proceso ó de una declaración, para denunciar á sus enemigos y las injusticias de que son víctimas. Al final y después de reiteradas detenciones, expresamente provocadas, el perseguido suele ingresar en el manicomio.

Otros *perseguidos* buscan solaz y tregua para sus desventuras, huyendo á países donde no sean conocidos. Emprenden viajes, á veces muy largos, para sustraerse á sus enemigos; al punto en que creen advertir que alguien les conoce, márchanse más lejos...; así pasan una vida verdaderamente andariega y trashumante. Cual otro *Asverus* (el *Judío errante*) condenado á la inmortalidad y al movimiento sin descanso, sin más caudal que cinco monedas, al pobre perseguido los fantasmas del delirio hácenle el efecto de las palabras que Cristo dijo al judío, camino del Calvario: «También tú andarás, recorrerás toda la tierra, hasta la consumación de los siglos, y aun cuando tu planta fatigada quiera detenerse, la palabra «anda» que has pronunciado, te obligará de nuevo á ponerte en marcha».

Un abogado conozco yo, rama mayor de un frondoso tronco frenopático, que en la policía que ha instituido para preservarse de sus más próximos allegados, en procesos judiciales contra los mismos y en viajes á Francia é Inglaterra, acosado por sus enemigos *imaginados*, está derrochando una cuantiosa fortuna.

Los hechos del primer período del *delirio de persecuciones* son, pues, del todo pertenecientes á los dominios de la inteligencia; el vicio morboso estriba en la interpretación errónea de ciertas sensaciones normales; no hay, por consiguiente, hasta aquí, verdaderas *alucinaciones*; digamos, no obstante, que cuando el mal está más adelantado y á medida que el delirio toma mayor arraigo, se presentan sensaciones patológicas del todo subjetivas, que comienzan siempre por el oído. Desde este instante, la enfermedad entra en su segundo período ó de estado.

VI

Sencillo es, por demás, el esquema anátomo-fisiológico de la inteligencia y la sensibilidad: cordones de substancia nerviosa que, partiendo de la periferia del organismo, donde se hallan los aparatos de recepción y modificación de las vibraciones de los agentes cósmicos (los sentidos externos) y terminan en unas celdillas de la corteza del cerebro, en donde las vibraciones transmitidas por los filetes nerviosos se transforman en ideas. Estas celdillas, á su vez, se comunican entre sí, por medio de prolongaciones de su propia substancia, efectuándose en ellas el admirable juego del discurso y la ima-

ginación. Las células intelectivas se enlazan con otras, que forman parte de los núcleos de substancia nerviosa, situados en lo íntimo de los hemisferios cerebrales (*tálamos ópticos*). Este es el *subtractum* de otro juego, más admirable aún: el de la *conciencia*. Añádense otras celdillas, de mayor tamaño y de figura prismática triangular que, vinculadas por múltiples prolongaciones con las de los centros perceptivos y conscientes, engendran las corrientes de retorno ó de curso centrifugo, á las cuales se deben los movimientos voluntarios.

Vemos, pues, que en la vida normal las corrientes de la sensibilidad son *centrípetas*; van de la periferia del cuerpo al centro nervioso (cerebro). Imaginad ahora que la corriente se invierta (como se hace por el conmutador del teléfono) y tendremos que, así como las sensaciones producen ideas, lo contrario tendrá lugar: las ideas determinarán sensaciones. He aquí el origen de las *alucinaciones*, síntoma dominante en el segundo período del delirio de persecuciones. El sujeto verá, oirá, tocará y aun olerá y gustará los objetos de sus pensamientos insanos.

Siendo de origen ideal, las *sensaciones alucinatorias* serán tanto más precoces en presentarse y tanto más vivas y claras, cuanto más sea vasto el campo de la ideación que al sentido está afecto; y en verdad, como el de la audición no hay otro sentido que tenga dominios más extensos en las regiones intelectivas. «Por el oído (dice el Dr. Ball) penetran en el espíritu las nociones abstractas, por él se hacen asequibles las ideas elevadas; por él, en fin, llegamos al desarrollo de la facultad del lenguaje, que según muchos filósofos es el rasgo característico, el atributo distintivo de la especie humana. Por el oído también, se manifiestan más frecuentemente que por ningún otro sentido, los delirios que pueden llamarse más intelectuales. Por este motivo, las alucinaciones del oído dominan toda la historia del *delirio de persecuciones*».

Son las *alucinaciones acústicas*, al principio elementales, pues consisten en ruidos, zumbidos, silbidos ó cuchicheos; poco después, son voces que vienen de las paredes, del pavimento ó del techo; son palabras calumniosas ó de insulto: *asesino, pillo, estafa*; más adelante son ya frases ó mandatos imperativos: «*miralé*», «*mátale*», «*aplástale*», etc. Muchos *perseguidos*, al estímulo de tales injurias, insultos y amenazas se vuelven *perseguidores*; lo menos que pueden hacer es devolver insulto por insulto, sin parar mientes en la persona á quien agreden, ni en el lugar en que lo hacen. Cuando pegan, hieren ó matan, no huyen ni se esconden; al contrario, denuncian el delito, para gozarse en la satisfacción de hacer saber que han obrado en defensa propia y con justo motivo.

Al punto en que en el delirio de los perseguidos ocurren *alucinaciones acústicas*, se puede afirmar que entra el período perfectamente llamado de *sistematización*.

«El enfermo (dice Falret) que se ha fijado en una determinada serie de ideas, puede, en verdad, delirar aun en distintas direcciones; pero hállase ya poseído de una idea dominante, alrededor de la cual convergen todas las fuerzas de su inteligencia. Para hacerla buena, tanto ante su propia lógica, como ante la de los demás hombres, refuézcala con todas las pruebas y argumentos que le es dable inventar; combina en su espíritu todos los elementos de una verdadera novela, que él mismo elabora, á pesar de nume-

rosas lagunas que su inteligencia no percibe en el conjunto, y cuyas partes se esfuerza en coordinar; de este modo llega, poquito á poco, á la verdadera *sistematización del delirio* ».

Una vez *sistematizado*, el delirio queda por un tiempo más ó menos largo en la mente, agregándosele, perdiéndose ó modificándose algunos conceptos. Cada día es, empero, menos movible, menos perceptibles las mutaciones de las ideas, hasta que queda como esculpido en el entendimiento, con una forma fija é invariable: hállase como *enquistado*; no pierde, ni adquiere, ni varía; se ha hecho *crónico*. Entonces, empleando el gráfico lenguaje de Falret, se dice que *el delirio se ha estereotipado*.

No se *sistematiza* súbitamente un delirio. En el primer período de la enfermedad, el delirio está en incubación y se *sistematiza* de una manera vaga. Pregúntese al alienado por sus enemigos, y responderá: « Se me persigue, me quieren mal, me atormentan... » « Pero, ¿ quién ó quiénes son los enemigos de usted ? » « No lo sé ; sé que tengo enemigos ; no sé quiénes son. Trato de averiguarlo, pero en vano ; no lo puedo conseguir ».

Poco después, la *sistematización* adquiere forma colectiva; entonces el enfermo, según el medio social en donde vive, achaca la causa de sus males á determinadas personas, agentes ó influencias generales; en la Edad media sacaban el argumento del infierno, de los demonios, de la magia ó de la brujería; hoy son inculpados los masones, los jesuitas, las sociedades secretas ó la policía. No son pocos los que padecen bajo el poder de la química, de la electricidad, del hipnotismo, del teléfono ó del fonógrafo. « Hay enfermos (dice Foville) que atribuyen sus males á causas misteriosas, para cuya designación inventan frecuentemente nombres extraños, y así acusan á la *liga*, á la *linterna sorda*, á la *auscultación*, á la *desauscultación*, á los *garduños*, á los *langostinos*, etc.

Muchos de los perseguidos logran, á fuerza de tiempo y de lucubraciones, determinar la persona ó personas que les persiguen; otros se encaminan desde luego y sin pasar por el período de vaguedad colectiva, á esta individualización de los enemigos: el médico, un determinado cura (uno de mis enfermos acusaba á dos hermanos sacerdotes, de apellido X, que le perseguían con una máquina eléctrica), un amigo, un pariente, etc. Entonces brotan en el loco sentimientos de odio y rencor y deseos de venganza: el *perseguido* se trueca en *perseguidor*. No se da tregua ni descanso para aniquilarle y exterminarle; le amenaza, le acecha, acúsale ante los tribunales, y en no pocos casos atenta contra la vida de la víctima de una tal locura. A la vista tengo un sujeto, joven y por demás afable, que vive tranquilo y alegre en el manicomio; domínale una aversión mortífera contra su hermano mayor. Habiendo intentado llevarle al seno de la familia, después de unos meses de reclusión en el asilo, fué preciso reingresarle á toda prisa, pues los conatos de agresión fratricida manifestáronse á los pocos días de haber vuelto á su casa.

Pertenecen también al grupo de los *perseguidos-perseguidores* esos locos que podrían calificarse de *querellantes* ó *picapleitos*. Esta es la manía ó locura de la *chicane* (1), como dicen los franceses. El defecto capital consiste

(1) *Chicane*, en francés, trampa legal, sutileza. *Gens de chicane*: escribanos, procuradores y demás empleados de la curia.

en una perturbación del sentido moral, en virtud de la que con todo y tener conciencia del *derecho*, el sujeto carece de la *noción moral* del derecho; así es que el *derecho* no les sirve de arma que esgrimen para conseguir sus fines egoístas. « Cuando el *perseguido* ha entrado resueltamente en la vía de las recriminaciones judiciales (dice Legrand du Saulle), ya no vuelve á salir de ella. Hallando cada día en las diversas fases del proceso nuevo alimento para sus rencores y proyectos de venganza, hace constantemente antecámara en casa de los hombres de negocios, y consiente sin vacilar en todos los sacrificios de dinero, con tal de poder desenmascarar á sus enemigos, confundir á los estafadores, derribar las cábalas y llegar á la solemne proclamación de todos sus derechos ».

Estos son también los locos que, reclusos en el manicomio, escriben denuncias al Juzgado, al Gobernador ó al Alcalde. Cuando consiguen su salida, su primer empeño es perseguir ante los tribunales á las personas ó autoridades que intervinieron en su secuestro.

Así se establece y *sistematiza el delirio de persecuciones*; pero al *perseguido* acompaña siempre una cualidad moral que, por decirlo así, entra en la confección de su persona: el disimulo. Y como el delirio suyo no es de excitación continua, sino que insiguiendo la norma de los procesos crónicos, tiene períodos de remisión y de exacerbación muy prolongados y acentuados, es lo común que el enfermo, á fuerza de aplicarse con especial esmero en la disimulación de sus pensamientos, se dé á veces el caso de que el orate, no sólo no lo parezca, sino que niegue del modo más rotundo haber dicho jamás las palabras que se le atribuyen, ni realizado los actos que se le imputan en prueba de su locura. De ahí una de las reglas de inmenso valor semeiótico en patología mental; todo enfermo que, bien porque lo desconozca, ó bien porque *mintiendo á sabiendas*, niegue la realidad del delirio que ha padecido, como no se trate de un epiléptico ó de un ebrioso, por tranquilo y razonable que se presente, se puede asegurar que dista mucho de estar curado.

Así marchan las cosas, á veces durante dilatados años, con la *sistematización* de las ideas de persecuciones. Tiempo llega en que esta anomalía de la sensibilidad rebasa la esfera de las sensaciones é ideas de carácter acústico é invade los territorios de la sensibilidad general. Desde este instante, el delirio de persecuciones pasa á su tercer período, que someramente voy á reseñar.

VII

Por lo que cunde, al llegar al tercer período, el delirio de persecuciones se puede comparar á gota de tinta caída en papel sin cola; al movimiento que levanta la fermentación en el lagar; al progreso de la putrefacción en la pulpa de una manzana, y á la propagación del cáncer ó de la gangrena en los tejidos vivos. Buscando similares en el orden social; se diría que es una sublevación, un levantamiento, en pro de una mala causa, hasta ahora contenido á fuerza de la fuerza, durante muchos años, que amenaza terminar por un pronunciamiento de las mismas tropas del Gobierno, que tenían el encargo de conservar orden y buen sentido en la población laboriosa.

Intento significar que, así como hasta ahora las aberraciones de la sensibilidad, las *alucinaciones* hallábanse sistemáticamente circunscriptas en los

territorios acústicos, de hoy más las veremos extenderse por los otros dominios estéticos (exceptuando, casi en absoluto, los de la visión) y por manera muy acentuada, en el sentido del tacto ó de la sensibilidad general y en los del olfato y gusto.

Y no es que la escena morbosa haya terminado de parte de la audición; por el contrario, las *alucinaciones acústicas* perseveran; pero con un aspecto tan nuevo, que principalmente por ellas resulta *transformada*, ó por mejor decir, *desdoblada* la personalidad del enfermo. Quéjase entonces de que todos leen en su pensamiento y le roban las ideas apenas las acaba de concebir. Recuerdo haber conocido en mis mocedades un sastre remendón que, lleno de pesadumbre, solía exclamar: « Por ahí (tocándose al cincipucio), por un agujero imperceptible que me han hecho al dormir, me roban los pensamientos. Cuanto nuevo dice la prensa, lo he ideado yo; es mío, me lo han robado... ¡y aún tienen la audacia de publicarlo como si fuese suyo! »

Y es tan firme el convencimiento del enfermo, de que todos se ocupan de él y que todo el mundo está en el secreto de sus pensamientos, que cuando el médico le pregunta: « ¿cómo se llama usted? ¿cómo se encuentra usted? ¿de qué se queja usted? », el paciente, con mucho desabrimiento, que tales preguntas las estima como befas, responde: « Esto, usted lo sabe tanto como yo ». « Cuando esto ocurre (dice acertadamente el Dr. Ball) se puede asegurar que el enfermo es un antiguo perseguido y alucinado ».

El Dr. Falret ha llamado *desdoblamiento de la personalidad* al siguiente fenómeno psíquico, muy común en los *perseguidos* que atraviesan el tercer período. De una parte, hay un *yo* que pugna por quedarse dueño de la persona, que lucha para conservar sus ideas; pero de otra parte, se encuentra en él como otro individuo que se ampara de ellas, y repercutiéndolas hacia *afuera*, las difunde al exterior. De este dualismo nace la lucha, lucha interior, que conduce á cambios de ideas, esto es, á preguntas y respuestas, en una palabra, á la *conversación mental*, con uno ó con varios seres imaginarios. El alucinado, en tal caso, sostiene el pro y la contra, reflejando el combate de la conciencia; una voz aconseja el bien y la otra el mal. Si hay ideas místicas, se originan el demonio y el ángel custodio.

La *conversación mental* no es, por cierto, un hecho patológico; todos solemos hablar mentalmente; pero en el caso de que aquí se trata, uno de los interlocutores está *dentro* de la persona, mientras que el otro ó los otros se hallan *fuera*. De ordinario, el que está dentro hace las preguntas y *él ó los de fuera* dan las respuestas. Este ó estos son los que declaran que las ideas han sido robadas y luego diseminadas. La persona de *fuera* viene á ser el *eco* de la de dentro. « De aquí se deduce (escribe en su autobiografía un perseguido que hoy día se halla en Nueva-Belén) que hacía muchos años, tal vez antes de que yo diera cuenta por los *gallos* (*cantos de gallos* fueron veinte años atrás las alucinaciones *acústicas* iniciales) que venían recogiendo mi pensamiento, valiéndose del *elemento eléctrico* y por atracción, recogieron mi palabra y otras cosas que ya tengo explicadas por dicho procedimiento, siendo yo sólo el *espacionado*. (Neologismos como éste ya he dicho son muy comunes en el *delirio de persecuciones*). Poseo las inspiraciones, que también tengo demostrado, tanto en prosa como en verso, y si mis discursos se han recogido en fonógrafo ó en la forma que ellos hayan indicado, si algún día

se me hace justicia, podréis juzgar del valor de ellos ». « Me escucho (añade este enfermo) en todos los sonidos naturales, hablando seguidamente sin entorpecimiento, en los silbidos de las locomotoras, en el murmullo de las aguas, en la voz que habla conmigo al irse, efecto de la grande *eléctrica espiritual* que poseo, y por mucha afinación de sentidos, reflejados todos en el *punto céntrico*: el entendimiento » (1).

Dicho queda que, en este período, á las alucinaciones *acústicas* se agregan las de otros sentidos y particularmente las del tacto ó sensibilidad general. Deben referirse á éstas los dolores de vientre, pecho y cabeza que á muchos perseguidos les aquejan, como les sucede á los *hipocondriacos*. La *toxicofobia* (temor de ser envenenado) es delirio que procede de estas alucinaciones. Estos enfermos no comen sino lo que ellos mismos compran y guisan; otros no comen en casa y cada día mudan de fonda; no beben vino, sino del de su reserva, ni agua del recipiente de los demás, sino del propio ó de las fuentes públicas, y aun así varían diariamente de manantial. Los *polvos* suelen ser muy temidos. Un sujeto, afecto de todas esas repugnancias hipocondríacas, no se sentaba, ni se ponía el sombrero ó la corbata, sin sacudir antes muy minuciosamente el mueble en que se proponía descansar ó la prenda de vestir, para ahuyentar los *malditos polvos*, que por doquier esparcían sus implacables enemigos.

Las alucinaciones de *contactos eléctricos* son por demás comunes. Dicen que reciben descargas en las piernas, brazos, etc. « Persíguenme los hermanos X (me decía uno de los ya aludidos enfermos) con una máquina eléctrica y no me dejan sosegar ». « Ya está todo terminado (repuse yo); hoy nos hemos apoderado de la impertinente máquina... Véala usted aquí ». « Bueno (replicó), pero al punto en que usted se la ha quitado, se han provisto de otra, que ya hacen funcionar... zas ».

También deben aproximarse á las táctiles las *alucinaciones del sentido genital*, las cuales, en la mujer consisten en violaciones y coitos violentos, y en el hombre, en ideas de castración, sodomía, etc. He oído el relato de un infeliz poseído de alucinaciones de esta última especie, que era un martirologio verdaderamente horroroso.

Son también comunes las alucinaciones del *olfato y gusto*. En este instante sale de mi despacho un enfermo que se dice envenenado por el ácido prúsico, mezclado con amoníaco, que incesantemente le envía cierta señora, antes muy amiga suya. Siente olor, no á almendras amargas, sino á paja podrida. Como no me haya sido dado determinar la preexistencia de *alucinaciones auditivas*, me inclino á creer que se trata de un *delirio de persecuciones episódico*, sostenido por el alcoholismo.

En concepto de todos los clínicos, las *alucinaciones ópticas* son tan ajenas al *delirio de persecuciones*, que el Dr. Falret sostiene que cuando por casualidad, un *perseguido crónico* experimenta sensaciones subjetivas de la visión, tales como círculos luminosos, haces de fuego, centellas, etc., las tales alucinaciones se mantienen siempre en esta forma elemental, no transformándose nunca en visiones claras y distintas. El enfermo dice: « Estos son fantasmas que mis enemigos presentan á mis ojos para acrecentar mis sufrimientos ».

(1) Esta copia es textual y se han conservado las incorrecciones de estilo.